

En torno a la cruz

(Marcos 15.21-47)

Joe Schubert

El relato que hace Marcos de la crucifixión de nuestro Señor es ligeramente diferente de los que hacen los demás autores de los evangelios. Omite muchos hechos que los demás incluyen. De hecho, la descripción propiamente dicha de las palabras y acciones de Cristo, durante la crucifixión, se reduce a cinco breves versículos, en el relato de Marcos. Cuando esos cinco versículos se ponen juntos y son leídos en orden, se observa lo relatado por Marcos.

Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera. Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó. Cuando le hubieron crucificado [...] Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? [...] Mas Jesús, dando una gran voz, expiró (vers.^{os} 22-24, 34, 37).

A partir del versículo 37 el énfasis del evangelio de Marcos no es en Jesús, sino en la gente que se mantuvo en torno a la cruz. Marcos nos presenta personas, o grupos de personas que se reunieron en torno a la cruz y observaron la crucifixión. Las pone una por una delante de nuestros ojos, para que podamos ver las reacciones de ellas a este terrible evento. Si Jesús fuera crucificado hoy día, las mismas personas se reunirían en torno a la cruz. El elenco sería el mismo. Las mismas actitudes fundamentales que estuvieron presentes en el siglo I, estarían presentes hoy día. En realidad la cruz no es un evento que pertenezca a una sola época.

I. SIMÓN: EL QUE LLEVÓ LA CRUZ (15.21)

La primera de estas descripciones de personajes se encuentra en el versículo 21, donde Marcos presenta un suceso que tuvo lugar cuando Jesús se

dirigía a la crucifixión. Cuando salió de la sala de juicio de Pilato hacia la crucifixión, Él cayó bajo el peso de la cruz que llevaba. Los soldados romanos agarraron a un extraño de la multitud y lo obligaron a llevarle la cruz a Jesús. En el versículo 21, relata Marcos: «Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz».

Este debió de haber sido un día muy lúgubre para Simón de Cirene. Palestina era un territorio ocupado, y todo hombre podía ser metido en el ejército romano para que llevara a cabo cualquier tarea que fuera necesaria. Bastaba con que se le diera un golpecito sobre el hombro con el reverso, la parte plana, de la lanza romana.

Simón, dice Marcos, era de Cirene, un lugar de África. Indudablemente, había venido a Jerusalén en esta ocasión para observar la Pascua. En el momento en que Simón fue sacado de la multitud y obligado a llevar la cruz de Jesús de Nazaret, él debió de haber resentido amargamente esta inesperada intromisión. Sin embargo, puede que en la Biblia haya indicios de que este evento tuvo un tremendo impacto en la vida de Simón. Puede que en el libro de Hechos haya un indicio de que Simón de Cirene se hizo Cristiano como resultado de esta repentina interrupción de sus planes para ese día. En Hechos 13.1 se da una lista de ciertos hombres que eran miembros de la iglesia que estaba en Antioquía, la iglesia que envió a Pablo y a Bernabé en su primer viaje misionero de predicación a los gentiles. Entre los que menciona la lista se encuentra uno de nombre Simón, a quien también se le llamaba Niger. Este nombre se refiere a una persona de piel oscura, como sería alguien que procediera de África. Cirene, la tierra natal de Simón, se encontraba en África. Bien podría ser que Simón el que se llamaba Niger, un miembro de la iglesia que estaba en Antioquía, sea el mismo

Simón de Cirene que fue obligado a llevar la cruz de Jesús. Si lo anterior es cierto, significa que en los días posteriores, Simón llegó a ser uno de los dirigentes de la iglesia que estaba en Antioquía, y uno de los hombres que contribuyó decisivamente en la formulación de la primera misión de predicación a los gentiles.

Marcos nos dice que Simón era el padre de Alejandro y de Rufo. La única razón por la que Marcos habría mencionado a éstos, es porque eran muy conocidos para los lectores gentiles del evangelio de Marcos. Debieron de haber sido cristianos muy conocidos del siglo I. En Romanos 16, Pablo menciona un Rufo que había sido un estrecho colaborador, y cuya madre había sido especialmente bondadosa con el apóstol. Si aquel Rufo y este otro son el mismo, entonces el esposo de esa madre de Rufo que había sido tan bondadosa con Pablo no sería otro que Simón de Cirene.

II. LOS SOLDADOS ROMANOS: LOS QUE ERIGIERON LA CRUZ (15.24)

Reunidos en torno a la cruz en sí, estaban los soldados que crucificaron a Jesús, los duros soldados romanos que habían crucificado tal vez montones de personas. Recuerde que eran tiempos de turbulencia, de problemas y de agitación en Palestina. Muchos eran crucificados. No hay duda de que estos soldados habían acumulado bastante experiencia en la ejecución de crucifixiones. Cuando terminaron la cruda tarea de clavar las manos y los pies de Jesús a la cruz, dice Marcos que no se les ocurrió hacer otra cosa que sentarse, comenzar un juego de dados y echar suertes sobre los vestidos que pertenecían a Jesús.

Estos soldados representan permanentemente el clásico ejemplo de todos los insensibles que no tienen interés en el relato de la cruz, y que se encogen de hombros con desconsiderada indiferencia en respuesta a toda persona que trate de dirigirles su atención a lo que realmente ocurrió en el Calvario hace dos mil años.

III. LOS DELINCUENTES: LOS QUE LE HICIERON COMPAÑÍA EN LA CRUZ (15.27, 32)

También relacionados con la cruz, estaban los ladrones que fueron crucificados con Jesús. Dice Marcos en el versículo 27: «Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda». Algunos versículos más adelante, Marcos agrega que los que fueron crucificados con Él también dejaron caer su andanada de insultos sobre Jesús. Estos dos hombres habían

sido arrestados cuando hacían su campaña de terror y violencia. Habían sido revolucionarios profesionales. La filosofía de ellos era: «Agarra todo lo que puedas, por los medios que puedas y no te preocupes por quien sea lastimado en tales acciones». Habían puesto a Jesús en la misma clase de ellos y lo consideraban un delincuente también. Descargaron sus frustraciones sobre Él. Le dejaron caer una andanada de insultos porque, según pensaban, Él no podía hacer por ellos más de lo que lo que ellos podían hacer por Él.

Marcos no nos dice lo que ocurrió a uno de los ladrones, pero los demás autores de los evangelios sí nos lo dicen. Los demás relatos del evangelio nos dicen que uno de los ladrones, al observar todo lo que estaba ocurriendo, se arrepintió de la andanada de insultos que dejó caer sobre Jesús. Dijo el ladrón: «Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo» (Lucas 23.41).

Una de las hermosas facetas del relato de la crucifixión la constituye el hecho de que, justo antes de que Jesús diera Su último aliento, uno de los ladrones, al observar la reacción de Jesús a todo lo que estaba sucediendo, en un momento en que le alumbró la verdad, entendió que allí estaba un hombre que entraba en un reino, y que en ese reino tendría gran poder y autoridad. Este ladrón se refugió en la misericordia de Jesús y clamó a gran voz, voz que ha resonado por siglos, diciendo: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». Jesús le contestó con la famosa respuesta que dice: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23.43).

IV. LOS QUE PASABAN: LOS QUE RIDICULIZARON LA CRUZ (15.29–32)

En el versículo 29, Marcos nos habla acerca de unos que pasaron por la cruz de Jesús. Dice Marcos: «Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz [...] para que veamos y creamos».

Estos altivos y arrogantes sacerdotes tienen su contraparte hoy día en los que, vistiendo el manto de la religión, insultan las más sagradas facetas de la fe cristiana.

V. EL HOMBRE ANÓNIMO: EL QUE OBSERVÓ LA CRUZ (15.35–36)

Otro que estaba presente en torno a la cruz se interesó en todo el proceso. No se nos da su nombre. Sólo era uno de los espectadores. Éste entró en

escena cuando Jesús clamó a Dios diciendo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (vers.º 34). Marcos agrega que cuando algunos de los que estaban cerca oyeron ese clamor, ellos dijeron: «Mirad, llama a Elías». Pero en ese momento, otro hombre corrió y empapó una esponja en vinagre, la puso en una caña y le dio a beber a Jesús. «Dejad, veamos si viene Elías a bajarle», dijo él. Las palabras arameas que Jesús habló —*Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?*— sonaban como Elías. Así, la gente fácilmente malentendió lo que Jesús estaba diciendo.

A primera vista, da la impresión de que a este hombre le movió la compasión. Corrió y buscó vinagre, empapó una esponja en éste, y lo elevó hasta la boca de Jesús. Parece como que estaba tratando de aliviar algo del padecimiento de Jesús por medio de brindarle lo más cercano a un anestésico con el fin de aplacar el dolor. Pero si uno analiza el relato de Marcos más detenidamente, notará que este no era en absoluto el motivo del hombre. Lo que decía este hombre que estaba al pie de la cruz era esto: «Demoremos su muerte». Le dio a Jesús la esponja empapada en vinagre con el fin de que no muriera tan rápidamente. «Esperen —dijo—, veamos si Elías viene a bajarle. Está llamando a Elías. Prolonguemos su vida. Veamos si sucede».

A este hombre le movía la curiosidad, no la compasión. De todos los que se reunieron en torno a la cruz de Jesús, ningún suceso es más característico de nuestros tiempos que el que exhibió este hombre en su búsqueda del placer barato de las emociones.

En ese momento, Jesús murió. Dio una gran voz, y expiró. Marcos menciona todavía tres grupos más de personas que se reunieron en torno a la cruz. Esta gente, no obstante, es de un carácter totalmente diferente. Después de la muerte de Jesús no se menciona una sola palabra en el sentido de que alguien se burlara de Él, ni de que lo insultara o lo injuriara. Esta gente que pasa a ocupar el primer plano en el momento de Su muerte era la que lo amaba y lo admiraba.

VI. EL CENTURIÓN: EL QUE RECONOCIÓ LA CRUZ (15.39)

El primero de ellos fue el centurión. Este es mencionado en Marcos 15.39. Era el centurión romano que estaba a cargo de los soldados que ejecutaron la crucifixión. Dice Marcos: «Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios».

No habíamos oído absolutamente nada de este centurión, hasta que se puso a la luz del rostro moribundo de Jesús. El hecho de que era soldado romano nos dice que formaba parte del más inmisericorde ejército que el mundo jamás haya conocido, un ejército cuyas victorias militares se habían dado en forma casi ininterrumpida por un período de setecientos años. El hecho de que era centurión, es decir, comandante de otros, insinúa que era un hombre de edad media que acumulaba varios años de servicio, y que, por su desempeño, había sido ascendido al alto rango que ahora ocupaba. Este oficio de crucificar gente no era nuevo para él. Había visto a peligrosos criminales, a ordinarios homicidas y a asesinos políticos colgando en esas cruces. Pero en Jesús, él vio una perfección moral con la que ninguno de los anales de la historia podía equipararse. Una profunda convicción lo invadió. Rompió el silencio de aquel terrible momento con palabras de peso, palabras que diría un soldado: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios». Jamás había visto una muerte igual. Los insultos lanzados a Jesús por la multitud, que hubieran hecho a un soldado llenarse de cólera y de ira, fueron recibidos con una demostración de perfecto dominio propio de parte de Jesús. El centurión era sin duda un pagano, y creía en muchos dioses. De algún modo se dio cuenta de que un funesto error se había cometido con la crucifixión de Jesús de Nazaret. De repente se percató del verdadero carácter de Jesús e hizo la valiente confesión que dice: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios». Una antigua tradición, sustentada por lo menos por un autor del siglo III, cuenta que este centurión era un soldado romano llamado Longjinis. Los milagros relacionados con la muerte de Cristo lo llevaron a hacerse cristiano, y más adelante padeció martirio por su fe.

VII. LAS MUJERES: LAS QUE LLORARON LA CRUZ (15.40–41)

En los versículos 40 y 41, Marcos también describe un grupo de mujeres que estaban reunidas en torno a la cruz:

También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, quienes, cuando él estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén (vers.ºs 40–41).

El anterior es un extraño suceso. ¿Dónde estaban los hombres? ¿Dónde estaban Jacobo, Juan y Pedro? Sabemos por los demás evangelios que

Juan había estado al pie de la cruz anteriormente con María, la madre de Jesús. Durante las primeras horas de la crucifixión, Jesús había tenido tiempo durante su propio sufrimiento, para hablar con Juan y encomendarle el cuidado de Su madre. Pero ahora, aparentemente, Juan se había ido y se había llevado consigo a María, la madre de Jesús. Solamente quedaron las demás mujeres. Estaban desconcertadas, desconsoladas y ahogadas por la pena. Lo amaban tanto que no podían estar en ningún otro lugar. El amor las adhería a Jesús. Cuando ya el intelecto no podía ni siquiera comenzar a entender, el amor las adhería a Él.

¡Mujeres! Fueron las últimas que se quedaron para acompañar a Jesús en el momento de Su muerte. Fueron las primeras en contemplar Su resurrección. El anterior es un grandioso tributo a la sensibilidad espiritual de las mujeres.

VIII. JOSÉ: EL QUE QUITÓ DE LA CRUZ EL CUERPO DE JESÚS (15.42-47)

Marcos narra una última escena en los versículos 42 al 47:

Quando llegó la noche, porque era la preparación, es decir, la víspera del día de reposo, José de Arimatea, miembro noble del concilio, que también esperaba el reino de Dios, vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto; y haciendo venir al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. E informado por el centurión, dio el cuerpo a José, el cual compró una sábana, y quitándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña, e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro. Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían (vers.^{os} 42-47).

Ahora nos encontramos con José de Arimatea, el discípulo secreto, miembro del concilio. Juan 19.38 nos dice que José era un discípulo secreto de Jesús porque temía a los judíos. Marcos agrega que era miembro prominente del concilio. Lucas dice que era varón bueno y justo, y que no había consentido en el acuerdo del concilio (Lucas 23.50-51).

Aunque le atraía Jesús, tenía temor de reconocerlo públicamente. En todo el juicio que se le hizo a Jesús no se menciona a José de Arimatea. Aunque la Biblia dice que no estaba de acuerdo con lo que había sucedido ante el concilio, no tuvo la valentía para hablar en defensa de Jesús. Cuán a menudo sucede todavía lo anterior hoy día. Puede sucederles a personas buenas y justas como José. Nos mantenemos callados en lugar de hablar

cuando todo está tan claro.

Después de la muerte del Señor, cuando el cuerpo de Jesús colgaba del madero, Marcos dice que José de Arimatea por fin dio un paso al frente para ser contado entre los seguidores. Fue más lo que Jesús hizo por José de Arimatea estando muerto, que lo que hizo por medio de las palabras que habló y obras que hizo estando vivo. El ver a Jesús colgando de aquella cruz, evidentemente llenó a José de pena de arrepentimiento. No podemos imaginarnos el remordimiento que le carcomía por dentro. ¿Por qué se había mantenido tan distante de Jesús por tanto tiempo? ¿Por qué rehusó ser identificado con Él? ¿Por qué evitó declararse? Durante los tres años del poderoso ministerio de Jesús, ¿por qué no se mantuvo José al lado de Jesús? Las palabras que después dijo Agustín deben de haber expresado sus sentimientos: «Demasiado tarde te llegué a amar».

José fue osadamente, dice Marcos, a Pilato. Con el hambre de un hombre que estaba ansioso por expiar los días de oportunidad que se perdieron, rogó que se le diera el cuerpo de Cristo. En el sepulcro preparado para su propio entierro costoso, puso a descansar el cuerpo de Jesús.

En medio de estos episodios en torno a la cruz, Marcos enumera tres eventos cumbre. Primero, menciona el clamor de Jesús en las últimas tres horas, cuando aquellas misteriosas tinieblas cubrieron la superficie de la tierra. Emergiendo de las tinieblas se oyó el clamor: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Segundo, relata que Jesús expiró. Tercero, dice que el velo del templo, el velo que separaba el Lugar Santísimo, se rasgó de arriba abajo.

Jesús había llevado nuestras vidas sobre Él. Había hecho nuestra obra y enfrentado nuestras tentaciones. Había sufrido prácticamente todas las penas que la vida en este mundo podía causarle. Había conocido el abandono de Sus amigos, el odio de Sus enemigos y la malicia de Sus oponentes. En ese momento Jesús había pasado por todas las experiencias de la vida, excepto una. Jamás había conocido las consecuencias del pecado. El estar separado de Dios era una experiencia humana que nunca antes había conocido. Jesús no conocía pecado. No hay explicación apropiada para esta interrogante que salió de los labios de Jesús, excepto la que da la misma Escritura en 2ª Corintios 5.21: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él». En aquel momento terrible, lúgubre y sombrío, Jesús se identificó real y verdaderamente

con nuestro pecado. Fue en ese momento que, al que no conocía pecado, Dios lo hizo pecado y lo desamparó. De todo el sufrimiento que Jesús padeció en aquella cruz, el ser desamparado por Dios fue la más grande angustia de todas.

El hecho de que se rasgara el velo simbolizó la abolición del antiguo pacto, y la entrada de los cristianos en la misma presencia de Dios. Era solamente el sumo sacerdote el que podía traspasar ese velo una vez al año. Pero el velo se rasgó, simbolizando que ahora cualquier persona puede pasar directamente a la presencia de Dios por la muerte de Jesús.

Desde el punto de vista de lo puramente dramático, no hay otro relato como el anterior en toda la historia de la humanidad. Marcos pone todos estos eventos en rápida sucesión para que podamos entender qué significa la cruz.

CONCLUSIÓN

Todo lo que hay en el corazón es revelado cuando uno se acerca a la cruz. La cruz quita nuestra hipocresía. Nos deja al descubierto delante de Dios.

La crucifixión no acaba en un sepulcro. No hay esperanza en un sepulcro. Gracias sean dadas a Dios de que Marcos 16 nos presenta el glorioso cuadro de la resurrección. Sólo nos falta leer seis versículos más para oír a los ángeles decir a las mujeres: «No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí [...]». Es a un Señor resucitado y viviente a quien servimos. Su muerte es nuestra expiación; ¡Su resurrección es nuestra esperanza!

ILUSTRACIONES

La avaricia no paga

Antes de morir, un hombre llamó a su mejor amigo y le dijo: «Te cedo todas mis posesiones. Dale a mi esposa lo que desees; resérvate el resto para ti».

Cuando el hombre murió, el amigo tomó el 90 por ciento de la herencia para sí mismo, y le dio a la viuda el 10 por ciento. Ella se escandalizó. Su esposo la amaba, ¡no debía de haberle dejado tan poco!

Hizo comparecer al amigo ante el juez. Éste oyó los argumentos y sentenció: «El esposo quiso

decir que dieras a la esposa lo que tú deseabas, y que el resto te lo reservaras para ti. Tú deseaste el 90 por ciento para ti, entonces dáselo a ella. El diez por ciento es para ti».

Sea un caballero

«Hijo mío —dijo un padre a su retoño—, trata a todos con cortesía, aun a los que sean groseros contigo; pues recuerda, uno es cortés con los demás, no porque ellos sean caballeros, sino porque uno lo es».

Cómo vivir victoriosamente

Hellen Keller dijo una vez: «Al igual que los demás, he resuelto hacer cosas que después no he hecho, o que he hecho a medias; excepto una que te envío... es la tónica de mi vida. Es esta: considerar siempre como simple impertinencia del destino las discapacidades que se le impusieron a mi vida casi desde el comienzo. Resolví que ellas no debían empequeñecer mi alma, sino que debían hacerla reverdecer al igual que la vara de Aarón, con flores».

El chisme duele

Durante la larga vida que vivió Aaron Burr, éste saboreó la copa del honor y de la distinción, y también tragó el cieno de la amargura y de la humillación. Cuando yacía en su lecho de muerte, una amiga que lo acompañaba le confiaba algún rumor, por lo que comenzó a decir: «Dicen...». Burr la interrumpió en ese momento y dijo: «Querida amiga, nunca uses esa palabra. Ella ha destrozado más corazones que cualquier otra».

¿Puede usted tocar segundo violín?

Un amigo le preguntó una vez al famoso director de una gran orquesta sinfónica, cuál instrumento de la orquesta consideraba él que era el más difícil de tocar. Sin pensarlo un instante, el dirigente respondió: «El segundo violín. Puedo conseguir muchos primeros violines. Pero encontrar a alguien que pueda tocar segundo violín con entusiasmo es el verdadero problema. Y es que si no tenemos segundo violín, no tenemos armonía».